

**Alfredo Saldaña Sagredo: *Romper el límite. La poesía de Roberto Juarroz*
Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2022, 326 páginas.**

ISBN: 9788413403328

Rafael Morales Barba

Universidad Autónoma de Madrid

Romper el límite. La poesía de Roberto Juarroz (Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2022) a la luz de *La práctica de la teoría. Elementos para una crítica de la cultura contemporánea* (Santiago de Chile / Barcelona, Ril Editores, 2018), de Alfredo Saldaña Sagredo.

No es el momento de descubrir quién fue Roberto Juarroz, ni su poesía y escritos al lector español. Y, sin embargo, a pesar de las antologías tardías de Cruz Pérez (1991) y Sánchez Aguilar (2012), que han paliado en parte esa carencia (faltan textos importantes), sigue siendo un nombre, si no desconocido, ignorado. Tampoco es fácil encontrar la edición completa de una poesía inusual, donde su poética se sitúa en el límite del abismo y el solipsismo en su proximidad a la locura abisal del cuestionamiento de los límites de la realidad. Podremos entender ahí algunas de las razones de su falta de presencia, independientemente de las carencias emocionales hijas de su intelectualismo monótono, falta de registros métricos, o empatía. Juarroz se ha ido distanciando de los lectores hispanos por su propio “autismo” y porque, pese a no guardar su lengua las dificultades de un César Vallejo, por ejemplo, el potente marketing editorial español ha propuesto lo opuesto para educar el gusto, poco a poco. Sea el caso, por ejemplo, de Joan Margarit como “poeta” de ventas, a la manera de la novela de avión. Valga el ejemplo para escenificar el extremo opuesto desde el talento y la difusión, desde donde quiere significar y significarse Juarroz, en un espacio donde no caben opuestos, porque ni uno, ni otro, son el primer Claudio Rodríguez, Antonio Gamoneda, Pablo Neruda o César Vallejo. Un poeta real y con derecho al pedestal del que se bajaría (pero no desdeñó), pese a no ser un aparte real como Gérard de Nerval, por ejemplo. Quizá por todo ello, entre otras cuestiones que irán surgiendo en esta reflexión al hilo del espléndido libro/s

de Alfredo Saldaña (lo adelanto, pese a algunos excesos entusiastas a Blanchot, en mi modesta opinión), tendremos un cuadro aproximado de las razones de una cierta desafección. Incluida una cierta sequedad versal, tendencia a reiterarse y a prosaizar en los momentos menos brillantes. Seguramente tampoco aquilató en media docena de entregas, a lo sumo, su talento, para entregar unos libros más unívocos en el saber decir. Quizá por todo ello, por la ausencia de monográficos, difusión, por su dificultad o por esa falta de rotundidad (pienso en *Don de la ebriedad* o en *Diario de un poeta recién casado*, por ejemplo), no le ha prestado excesiva atención la crítica española, no así sus lectores, entre los que me encuentro. Sin duda la mirada española está en general más atenta a lo mediático y sus breves días (pienso en la poesía híbrida poco memorable), como las ventas que el mercado editorial propone al hilo de directores de editoriales, traducciones y premios más o menos dirigidos. Al negocio, *nec otium*, sin ocio, sin descanso, bombardeando al lector con libros perfectamente evitables. Juarroz, con todo, sin ser mediático, más bien todo lo contrario, y si ser un verdadero “aparte”, como Bernardo Soares/Fernando Pessoa, tiene mucho apartamiento, además de cierta sequedad antipática, pese a transitar un sentido del verso, que, sin duda, no es el del espléndido y raro, realmente extraño y sugerente, mágico e irracional, Edmond Jabès (un aparte moderno). El obsesivo poema de Juarroz, en sus variaciones y evoluciones, con un mismo lenguaje y poética próxima en su evolución, tendente al verso libre, como única propuesta en ese sentido, es, pese a lo dicho, brillante en ocasiones, y en los espacios de la disolución que proceden de una espiritualidad singular. Es el suyo un pensamiento agónico, de una búsqueda hacia lo inefable y una sensibilidad saturada de interiores, próximos a la disolución del yo en el silencio y en el espacio (algo adelantó Baudelaire sobre la evaporización del yo de la modernidad vaticinada). Su actitud hermenéutica, paradójica y filosófica, pseudomística, esencial, próxima a las poéticas del silencio, que en España encarnó el segundo José Ángel Valente, han encontrado en este estudio de Alfredo Saldaña una lectura exhaustiva y brillante, pormenorizada, que vamos a tratar de describir. Juarroz surgirá de su análisis, en sus muchos aciertos y personalidad atenta a la poesía como única y principal vía de decirse, por una parte, de reflexionar por otra desde un yo desimplicable de él mismo, obsesivo, pleno de poesía autista. Y donde expone su angustia existencial, por qué no decirlo, desde una verosimilitud donde se revela su volcarse obsesivamente sobre lo mismo *ad libitum*.

Romper el límite. La poesía de Roberto Juarroz viene a coser la herida abierta en la historiografía española e hispanoamericana, por variadas razones. En parte por la ausencia de trabajos monográficos rigurosos de referencia, pero fundamentalmente porque Alfredo Saldaña lo ha hecho con solvencia, capacidad de análisis y respaldo crítico. El ensayo es un exhaustivo estudio, riguroso en la *philia*, como debe ser, en mi opinión. Y también una defensa de las resistencias de la poesía ante los excesos de la sociedad del espectáculo, que ha descrito en *La práctica de la teoría. Elementos para una crítica de la cultura contemporánea* (2018). Libro importante para entender el mundo en que vivimos desde el valor de la cultura como ejercicio crítico e inseparable de este ejercicio de reflexión sobre la poética de retracción, indistinguible de la vida, del poeta argentino. Juarroz, con todo, siempre será poeta de pocos (fuera de cualquier elitismo). Exige un esfuerzo emocional diferenciado, una mirada donde la ajenidad se refleja y cuestiona como sentido (conocido, además), como un enmimismamiento de corte catabático ajeno a lo circunstancial. Juarroz es un despojado esencial, y un triston pensativo sin exterioridad (no sé si es palabra aceptada por la crítica). Su retracción singular es la de un “monje” que problematiza su relación con la realidad y se acoge a las poéticas del despojamiento, imantadoras, por otra parte. Nunca pudo escapar de ellas, sí evolucionar desde ellas hacia un vacío exponencial, cada vez más y más abisal, conmovido y conmocionado, en ese espacio de contemplar, verbo importante en él, de contemplarse como reflexión, desdeñando lo externo, lo circunstancial. Y quizá una personalidad como la suya, donde se antepone el poema al mercado de manera radical con la consecuente traslación de esa contramirada frente a la del discurso meramente claro, de realismo sin cuestionamiento, sin perplejidad existencial. Quizá por ello, la espiritualidad pensativa del bonaerense, con vocación ajena al tráfigo mundano como opción, tal vez desdén (o impotencia para la presencia mediática), le haya dejado lejos de lo transitado.

Acercarse a la poesía del argentino, tan clara y fuera de la mera claridad, exige esfuerzo, deshabituarse de lo común de las poéticas logolálicas, realistas, de las fragmentarias y herméticas, y afinidad para sumergirse y saborear al poeta de «Ser es ser noche» (Sánchez Aguilar, 2014: 224). Además de cierta prevención emocional, pues no es precisamente la alegría de la huerta, ni hay circunstancias, amabilidades. Ni debe asustarse el lector, tal y como va surgiendo desde el análisis de Saldaña, porque a pesar

de todo el aparato hermenéutico que lo interpreta y sitúa en su contexto historiográfico con un esfuerzo titánico, además de sus rutas, presenta pocos obstáculos si el lector tiene sosiego frente a un talento diferente o diferenciado, en su recogimiento pensativo. A Roberto Juarroz hay que saber leerlo desde una cierta mirada, escoger, situarse en su perspectiva desde la impotencia del mezquino idioma, interiorizarse y caer en el /su silencio, tras bucear en lo oscuro, como pregonaba José Ángel Valente. El de Orense se identificó con la poesía de Roberto Juarroz o, en búsqueda de lo “trascendental” y de la mirada “pura”, despojada en su afán inacabable por saber y renombrar, como salida de su purgatorio realista inicial, supongo. Una poesía estupenda, siempre como obra en marcha y donde se muestra ajeno Juarroz a la compañía humana, no a la espacial, pues «el espacio es roce» (2014: 267), presencia y silencio. Un espacio donde se refunda una palabra casi tan sublime e inefable como «seno/o paraíso/ anterior al lenguaje» (Sánchez Aguilar, 2014: 268). Un poeta zen agonista, permíteme, pero también sensorial y sensitiva intelectualmente, con una sensibilidad de los que, como Pessoa, sienten con la inteligencia lejos la sensualidad. También, y para ser sinceros, hay que perdonar los sobrantes, reiteraciones (las obviedades zen transcendentalizadas hasta el absurdo, que las hay, frente a otras incursiones del pensamiento más sugerentes desde la percepción de un más allá de lo fenomenológico, casi mágico, y admirar su espíritu, recogimiento en verso, las sutiles metáforas (entre tantas próximas) de esos árboles que “se apoyan contra la noche” (Sánchez Aguilar, 2014: 132).

Han llamado la atención los trabajos de Alfredo Saldaña Sagredo, sobre una trayectoria donde se reúnen los análisis culturales como crítica de la realidad posmoderna. Y junto a ello, nos ocupa, la poesía de Roberto Juarroz como réplica. El análisis hay que entenderlo también desde ahí. Sin duda no ha sido por azar, o por el mero gusto el abordar la estupenda poesía del poeta argentino, de una manera casual, sino por encarnar una mirada diferenciada, reflexiva, crítica, si se me permite, en su distanciamiento con la sociedad del espectáculo. Recuerda Saldaña unas palabras del argentino muy claras sobre esa percepción y su desconfianza hacia la poesía convertida en espectáculo, exhibida como un producto más, aunque fuera un producto encerrado en libros. Y es que Juarroz entiende la poesía como algo escrito, primeramente, frente a quienes piensan primero en el mercado y devolverle el producto como venta, su cosificación y reproducción, producto desalmado. Y algo dijo Walter Benjamín al respecto. Por eso, aunque vayamos a hablar

de *Romper el límite. La poesía de Roberto Juarroz* (2022), no podemos desvincular este estudio, de esa mirada de Saldaña valorando el poder de la cultura como crítica de la imagen de la realidad que se vende como sociedad actual. Ha cosido por tanto el autor una herida abierta en la historiografía española e hispanoamericana, por variadas razones. En parte por la ausencia de trabajos de referencia sobre Juarroz y, en parte, porque lo ha leído y estudiado rigurosamente desde esa resistencia. Un exhaustivo y ágil estudio (es de agradecer), *Romper el límite. La poesía de Roberto Juarroz* viene a cubrir un hueco, si se distribuye bien, en un espacio donde escasea cualquier bibliografía sobre el estupendo poeta argentino. Espléndidos hay pocos, aunque a veces se nos escape el entusiasmo (no lo es Juan Gelman, ni Rafael Cadenas). Juarroz, uno de los poetas realmente importantes de la segunda mitad siglo XX, dejará de ser un desconocido e inalcanzable, porque su apuesta radical, en nada mística, hija de la retracción, paulatinamente, pese a su sequedad y falta de seducción y repertorio.

Roberto Juarroz, un poeta complejo, introspectivo, estupendo, sigue siendo, al día de hoy, un desconocido en la práctica. Esa es la razón de un estudio que se echaba en falta en el ámbito peninsular. Y quizá no solo aquí. Lo señala Alfredo Saldaña en este esfuerzo por acercárnoslo, y señala desde el preámbulo: “Hasta donde conozco, contamos solo con una monografía científica dedicada íntegramente y en exclusividad a la poesía de Roberto Juarroz” (Saldaña, 2022: 29). Se refiere el profesor de la Universidad de Zaragoza a *La lírica argentina en el contexto latinoamericano: el caso Roberto Juarroz* (1987), escrita por Leo Pollmann. Y a ello se dispone en un esfuerzo tan sólido como apasionado. Y así, como mérito añadido, rastrea en más de treinta páginas la bibliografía y contexto histórico más relevante al respecto (Saldaña, 2022: 22-51), abriendo el campo para futuras miradas. Es de agradecer. Saldaña nos sitúa en el centro de la cuestión, la recorre de manera exhaustiva en los trabajos parciales, ausencias, testimonios, miradas que evaluaron su importancia (Guillermo Sucre, Octavio Paz o Julio Cortázar, Porchia, entre tantos). A la luz de su rastreo surgen esas perspectivas centrales junto a los apuntes de los márgenes, los ensayos parciales o referencias, trabajos de grado, tesis doctorales (Jorge Alberto Jiménez-Aguirre, Roberto Juan Forns-Broggi, Mario Enrique Eraso Belalcázar, Marco Aurélio Pinotti Catalão, Clea Rojas Freitas). A Alfredo Saldaña le duele, con razón, que ninguna de esas investigaciones fuera “presentada en la universidad de Buenos Aires, en donde Juarroz fue profesor” (2022: 29). No debe quedarse el lector,

pese a todo, con esa falta de relevancia que olvida la señera personalidad del poeta de Coronel Dorrego. En efecto, existen injustificables ausencias en libros de referencia de la historiografía reciente. Saldaña recuerda, si bien no será exhaustivo, ni es el propósito del libro, algunas de ellas: Noé Jitrik, Darío Puccini y Saúl Yurkievich ni le mencionan, tampoco José Olivio Jiménez, tan célebre por estas tierras, por su relación con Carlos Bousoño y José Hierro. Juan Gustavo Cobo Borda le reúne, no se sabe bien por qué, con alguien tan distinto como Rafael Cadenas. Y junto a ellos, los citados atentos, los lectores sensibles, Julio Cortázar, Octavio Paz, Sánchez Aguilar, Federico Peltzer, Stephan Brühl, Guillermo Sucre. No voy a cansarles reproduciendo el por qué se fijaron en la poesía de un no vidente, sino del sencillo “*que ve*” (Saldaña, 2022: 48). Estamos ante un poeta esencial de corte metafísico, pensativo, que hace, de otra manera, cuanto Wallace Stevens escribió en inglés (aunque a mí me convenza más el norteamericano), desde una desnudez y despojamiento radical y singular. Pura modernidad real, no la de John Ashbery, que ha reconocido recientemente desconocer de qué hablaba, desde su *no-sense* logolálico. En cualquier caso, en este primer capítulo, el trabajo del investigador abarca un momento donde Aldo Pellegrini tuvo personalidad central. Y nos lo muestra y describe, en esa primera aproximación minuciosa, detallada *ad libitum*, con equilibrio apasionado en el contexto histórico. Obviamente no es el propósito de Saldaña redactar un estudio sobre la poesía argentina desde los 50 en relación con Juarroz, pero, sin duda, lo ha hecho en buena medida, y ese esfuerzo de situarlo contextualmente como valor añadido, se agradece.

Desde hace tiempo vivimos, afortunadamente, desdenes hacia los excesos generacionales y biografías. Personalmente agradezco que me sitúen, sin maximalismos, en una circunstancia, como aperitivo. Es el caso de abordar a Juarroz dentro del entendimiento de lo real más allá de lo real. Algo dijo Juan Ramón, para quien más allá del chafardeo hermenéutico, desea saber algo más. Creo que el lector también se congratulará de asistir en el capítulo inicial «El lugar de Juarroz en la poesía contemporánea» a tres decenas de páginas situándonoslo desde la vida académica, viajes, afinidades, orígenes y pulsiones y tras ellos, situándolo en esa confluencia entre ciencia, teología, mística y metafísica. En el extenso estudio caben y se abordan muchas cuestiones. Me refiero a los escenarios y representaciones de la «otredad», el lenguaje poético y la contrarrealidad, la verticalidad del abismo, pero, sobre todo, uno que me

parece de gran actualidad, lo ha sido al menos hace dos décadas en España, a las relaciones entre poesía y pensamiento. El estudio se perfila desde ahí, desde esa poesía, mirada y obsesiones, la condición humana, el acercarse al “nombrar” desde el “desnombrar”, acorde al poeta como un «trabajador en la raíz» (Saldaña, 2022: 20). Siempre en un ejercicio de poesía comprometida con ella misma y el desenmascaramiento o descubrimiento de la realidad, de la otra “realidad”, que existe en los interiores. Una actitud tan en el límite del decir y el pensar y desnombrar, con el vértigo de la locura, preside su actitud gnoseológica y su horizonte vivencial que Saldaña nos revela, como posición ante el mundo. Un lugar pensativo desde donde se entiende desde ahí la modernidad como una actividad fundamentalmente crítica. Recuerda Saldaña que Juarroz distinguió entre poesía y filosofía (aunque la idea le tienta desde el poema hecho, en primera instancia, como traslación de pensamiento, de un tipo de él, sin duda, y venimos describiendo), a la vez que rehuía la acusación de poeta conceptual. Juarroz habló desde la lítote y, a la manera de Juan Ramón, declara que no es ni ideología, ni política, forma de salvación... (Saldaña, 2022: 88), sin terminar de explicarlo «más allá de una poesía que no teme al pensamiento» (Saldaña, 2022: 92) y donde el vértigo del silencio, del espacio cero y zen, le abduce obsesivamente. Saldaña recalca la potencia del pensamiento y la intensidad como vasos comunicantes, al igual que Guillermo Sucre, dentro de un poeta realmente realista, es decir, de quienes ensanchan el concepto de realidad, recuerda Enrique Foffani (Saldaña, 2022: 92).

Se me hace llamativo que, en una entrevista concedida a Luis Bravo en Montevideo, mantuviera «la poesía era un poco flácida, repetitiva, aun en los grandes poetas» (Saldaña, 2022: 94). La suya también, me parece, e incluso mucho más que en grandes poetas como Pablo Neruda, César Vallejo o García Lorca. La suya cae también en excesos obsesivos. En buena medida, en alguna al menos, es una poesía obsesiva que, aquilatada en cinco o seis libros, habría ganado mucha intensidad y cualidad. O evitado el excedente de una producción reiterada, evolucionada con talento vivido y vívido, estupenda, pero sin la seducción de un lenguaje algo más variado y rico, más sugerente en ese sentido. La tentación abisal reiterada agota la experiencia presencia/ausencia, y junto a cierta sequedad de oído y despojamiento, serían los defectos de un poeta muy atractivo cuando la experiencia interior y emocional muestran una hiperestesia extrema de corte intelectual, cuando el sinclinal le lleva hacia el cero sin reiterar lo visto. Cuando

repiensa la realidad desde una contemplación sin leerse, encuentra imágenes inéditas, porque tiene emociones inéditas que solo así pueden decirse. Y aunque un poeta poco interesante como tal, por no hablar de la locura de su novela, como Macedonio Fernández, criticara los intentos de extirpar, con razón, el pensamiento de la poesía (Saldaña, 2022: 102), no cabe duda de que trasladar el pensamiento al poema, y traducirlo sin sentirlo emocionalmente, sin conjugarlo sensorial y plásticamente, suele llevar de la mano el aburrimiento. En España hemos tenido aburridísimos anti poetas en este sentido desde lo metapoético y el querer decir lo “diferente” desde un contralenguaje arteriosclerósico. No el caso de Juarroz, sencillo y fluido, emocionante, porque se averigua su falta de impostura, aunque sea muy seco. Es decir, cuanto debe ser el arte lírico, alumbramiento y éxtasis del ornato y la palabra (no solo desde la perspectiva que escribe y borra), piense o no. A Juarroz, buen poeta, le falló a veces esa seducción en la reiteración (y un poquito del amor de San Juan, como a José Ángel Valente). Sin duda, creo, una antología más ajustada a su excelencia, y no es que sean malas las que existen en España, deberá escribirse. Con todo el bonaerense es un indagador en busca de realidad pues «la poesía busca y es un amor más allá del amor» (Sánchez Aguilar, 2014: 222-223). Y Juarroz declara y telegrafía siempre esa problemática, tal vez angustia, a la búsqueda de «el rostro desamparado que perdimos» (Sánchez Aguilar, 2014: 222-223). Sin duda atormentada y existencial es esta poesía, atravesada por la desolación y su peligroso imán monotemático.

Destaca Saldaña de Juarroz su apartamiento de la sociedad literaria y desimplicación política, su búsqueda del ensanchamiento de la realidad. Su pensamiento, sublime en muchas ocasiones, tanto como tantas otras rozas el trabalenguas (si es que no cae de golpe en la obviedad pretenciosa de sus peores momentos) y una poética de la paradoja más o menos hermética, y el absurdo «amar a alguien es también no amarlo, vivir es morir, pensar es no poder penetrar en lo que uno piensa» (Saldaña, 2022: 111). Un juego de contradicciones, quizá, también de intentar a veces, solo a veces, decir más de lo que en realidad cuenta. Y frente a ello lo sugerente: «Por eso releerse es hallar, /más que las visiones que fuimos, /las visiones que nos reclamaron en vano» (Saldaña, 2022: 112) o el delicioso, próximo a quien atesora embelesado el poema, el estupendo broche «No decir el poema, /para que siga diciéndose en otra parte. / O para que nos trabaje por debajo/ como un zócalo perfumado de imágenes» (Sánchez Aguilar, 2014: 221). Son muchos y llevamos ya algunas páginas pensando sobre el estupendo, los estupendos libros

de Saldaña, y el poeta de la otredad, de la extrañeza, ante ese yo percibido como «habitado por Otro» (Saldaña, 2022: 120). Ante la palabra que es, frente a la que se escribe, en un alarde de esencialidad y misticismo, y desbautiza (entre esos neologismos a los que acudía), para crear presencia que busca, y se recuerda al hilo de Thorpe Running, como un ir hacia los límites de la poesía y su lenguaje a través de la dinamita de la palabra como resultado de la indagación. Podemos estar, o no, de acuerdo, pero ese vaciamiento regenerador, o no, abisal, ajeno, que opta por el reverso frente a la presencia, que sospecha de ella y no la acepta, pero a su vez quiere dar «voz a lo que no la tiene» (Saldaña, 2022: 137), es magistral por esa hiperestesia intelectual. Y así da Juarroz voz al silencio y al “desierto”, al “espacio” mucho más que Valente, que no era, ni mucho menos, un místico tan embriagado de espacio y silencio como el argentino. El silencio es una realidad, a la que atiende fundamentalmente. Lo hace, como se destaca acertadamente de nuevo, lejos de las poéticas de la mimesis, para generar desde el lenguaje una nueva visión del mundo, para abrir un sentido distinto pues «Los nombres no designan a las cosas:/las envuelven, las sofocan» (Saldaña, 2022: 147). Se puede estar de acuerdo, o no, con este poeta esencial, juanramoniano y atento a la obra en marcha, obsesivo sobre ese fanal de desnombrar y ensanchar, sentir otra realidad, más allá de la insuficiencia de cuanto el fenómeno nos presenta. Una especie de mística, donde todo es demasiado líquido e inatrapable, digerible sin más, y que, en su caso, atiende a esa otra nueva realidad a la que su palabra tiende. «El lenguaje sería así la tapadera que oculta el silencio en el que emerge la poesía o, a la inversa, la poesía podría ser un *contralenguaje* -un *antilenguaje*, escribirá Juarroz- que late en el silencio que respira y cobra aliento bajo las palabras» (Saldaña, 2022: 154). Para quienes se acuerden del abate Henri Bremond o de la reivindicación de Anton Webern por José Ángel Valente, intuirá derroteros que llegarán a María Zambrano en nuestros pagos, indistinción entre el yo y el poema pensante de Juarroz, como la deliciosa indistinción de Yeats entre la bailarina y la danza.

En *La práctica de la teoría* ha explicado exhaustivamente, en otro ámbito, muy explícito en los capítulos «Las imágenes de la resistencia» (Saldaña, 2018: 17-55) y en «La palabra llagada» (Saldaña, 2018: 57-70), el momento actual que habitamos, al que no fue ajeno Juarroz. Un libro distinto, sin duda, contra la univocidad del Gran Hermano uniformador. Una lectura desde los estudios culturales válido para entender el apartamiento de quienes en vez de dinamitar los excesos desde la lucha democrática (o

armada), eligen la denuncia desde la cultura y otra práctica cultural, o el verbo como insurgencia, taladro constante contra el mundo impuesto, resistencia o contrapalabra. El estudio no tiene desperdicio desde la otra perspectiva donde nos sitúa y se sitúa, la perspectiva del profesor de la universidad de Zaragoza. No lo puedo describir aquí. Me parece muy plausible, y también la de un sujeto singular. Ahora no toca, porque nos estamos excediendo. Tan solo apuntar esa necesidad de implicar ambas lecturas, independientes, para aproximarse al porqué de la elección de un estudio sobre Roberto Juarroz y su contrarrealidad. También podría interpretarse como una negación de la misma, a la vez que la amplía (y tal vez en el fondo lo sea, y una resistencia a aceptar las cosas con su magia). Las aporías tienen difícil solución. No es posible entrar en ello en estas líneas. El estudio de Saldaña, para concluir, trae un recorrido no solo sobre asuntos, lugar y actitud, en su afán totalizador también nos muestra los procedimientos de ornato, junto al historiográfico y teórico, ya comentados. Una apabullante bibliografía completa la investigación sobre quien se propone de otra manera: «Hay que ver, más que mirar» (Saldaña, 2022: 164). Nos lo ha explicado para que nos aventuremos, en la práctica, en la poesía de un desconocido. Y radical, además en su decirse desde una mirada esencial que desconfiaba sobre la explicación: «todo comentario sobre la poesía es retórica» (Saldaña, 2022: 168). Menos mal que Alfredo Saldaña no le ha hecho caso.

BIBLIOGRAFÍA

- Juarroz, Roberto, (2014): *Poesía vertical*, edición de Diego Sánchez Aguilar, Madrid, Editorial Cátedra.
- Saldaña Sagredo, Alfredo (2018): *La práctica de la teoría. Elementos para una crítica de la cultura contemporánea*, Santiago de Chile / Barcelona, Ril Editores.
- Saldaña Sagredo, Alfredo (2022): *Romper el límite. La poesía de Roberto Juarroz* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.